

# Catecismo 1425 - 1426 LA PENITENCIA

## Por qué un sacramento de la Reconciliación después del Bautismo

2008

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1425:

"Habéis sido lavados [...] habéis sido santificados, [...] habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6,11). Es preciso darse cuenta de la grandeza del don de Dios que se nos hace en los sacramentos de la iniciación cristiana para comprender hasta qué punto el pecado es algo que no cabe en aquel que "se ha revestido de Cristo" (Ga 3,27). Pero el apóstol san Juan dice también: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros" (1 Jn 1,8). Y el Señor mismo nos enseñó a orar: "Perdona nuestras ofensas" (Lc 11,4) uniendo el perdón mutuo de nuestras ofensas al perdón que Dios concederá a nuestros pecados.

Hay dos afirmaciones básicas en este punto:

La primera es que si caemos en cuanta de la dignidad a la que la vocación cristiana nos ha llamado; a **que condición tan alta hemos sido llamados.**

Así nos daremos cuenta de la incompatibilidad con el pecado.

Si nos damos cuenta de que el bautismo nos ha hecho hijos de Dios, "**Hijos en Jesucristo, nos ha injertado, en esa relación que hay entre el Padre y el Hijo.** Recordemos que Dios es santo, y que su naturaleza es santa; que esos ángeles que cantan a coro: ¡**SANTO, SANTO, SANTO ES EL SEÑOR!**

Lo que es incompatible es ser llamado a esa intimidad con Dios, y al mismo tiempo pretender entrar sin estar santificado, **eso es imposible.** *La condición que hemos recibido por el Bautismo solamente se concibe en santidad.*

Hemos recibido, por los sacramentos de la iniciación cristiana una **vida santa**. Hemos nacido a una vida nueva; en el Bautismo, alimentado por el Espíritu Santo, y por el Cuerpo y Sangre de Cristo. Esto es tal intimidad con Dios que es totalmente incompatible con el pecado.

Esto nos puede llevar a entender, por qué Dios en su misericordia, después del Bautismo, ha querido ofrecer el sacramento de la reconciliación, y que la tradición ha llegado a llamar "**el segundo bautismo, la segunda tabla de salvación**".

Hay que denunciar la tendencia actual, y como fruto de la secularización, fruto también de la ignorancia religiosa, y en definitiva como fruto de la insensibilidad de lo que es la "**Santidad de Dios**"; a veces hemos hecho de Dios un "*colega*"; confundiendo lo que es la amistad y la intimidad con Dios, con la "*Trivialización de la santidad de Dios*".

Siendo una manipulación de lo que es la cercanía de Dios.

Acércanos a Dios sin caer en cuenta de su santidad es deformar su imagen y confundir la intimidad con la intrascendencia; haciendo de Dios una imagen a nuestro alcance, donde no contrastamos "*nuestro ser pecador con su santidad*".

LO primero es **no trivializar la imagen y la santidad de Dios**, y al mismo tiempo "no desdramatizar la realidad del pecado.

Primero no negarlo.

1ª Juan 1, 8:

**8** *Si decimos: «No tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros.*

Esa tendencia que tenemos a negar el pecado; quien niega el pecado lo que está haciendo es que la *redención de Jesucristo sea innecesaria para él*. Ese drama de la redención es inútil para uno mismo, para quien niega el pecado en su vida.

Uno puede caer en cuenta de lo que es el pecado al observar el drama de la redención de Jesucristo: **¡que caro ha costado nuestro rescate, a qué precio hemos sido salvados: al precio de la sangre de Cristo!... ¡que grave ha de ser mi pecado para que necesite de la sangre de Cristo para mi salvación!**

Tampoco vale decir eso de "*pues yo no me veo tan mal o tan pecador, que los hay peores que yo!*"

A veces uno pierde conciencia de su pecado porque se mira en el espejo de los demás (*mal de muchos consuelo de tontos*).

El pecado de los demás no es un espejo donde me mire y me sienta justificado.

La Iglesia nos ha puesto el **Espejo de los santos** para que nos miremos en ellos. ***Dios es nuestro espejo, reflejado en la santidad de María, en la santidad de los santos.***

Otra cosa es cuando uno dice, ante el propio pecado: "*Yo no pretendía ofender a Dios*".

Es que una cosa es el pecado personal con el pecado diabólico. Lo cierto es que pocas veces se puede llegar a cometer un pecado con la intencionalidad de ofender a Dios.

Para que un acto sea pecado no es necesario que tenga una intencionalidad diabólica, o que tenga ese grado tan grande de maldad.

El hijo prodigo no se marchó de casa por ofender expresamente al Padre, sino que lo hizo por su supuesto felicidad; claro que lo que sí que sabía es que estaba ofendiendo al padre, en esa búsqueda egoísta de su felicidad o de su placer.

No tiene por qué haber una conciencia expresa de ofender, pero sí que sabemos que viviendo en pecado estamos ofendiendo a Dios.

Pero el hombre tiene la capacidad de trivializar el pecado, a veces negándolo, o a veces trivializándolo "*es que es humano*". Decir eso de que "de humanos es el pecar"; pero eso no es verdad, porque los humanos han pecado pero no forma parte de la vocación con la que Dios ha creado al hombre.

Porque si eso fuese así... cuando decimos Jesús se hizo semejante a nosotros menos en el pecado; sería como decir: "entonces no se hizo hombre del todo". Es que el pecado no es humano, el todo caso es Infra-humano.

Jesús ha querido experimentar la tentación y la debilidad de la condición humana, pero no ha experimentado el pecado. Pecar no es ser "más hombre" en todo caso será "ser menos hombre".

Hay que denunciar la trivialización del pecado, porque si Dios nos ama y quiere que seamos santos.

***Como Dios que es "puede hacernos santos"; y como Padre que es "quiere que seamos santos".***

Él ha querido por su misericordia, darnos un camino de santificación, de purificación.

Es concepto católico de **santificación**: Que Cristo nos justifique no podemos entenderlo nunca como que "*que haga la vista gorda*", y la justificación sería como que *tape los pecados*. Este concepto de justificación sería un "tanto extrínseca a nosotros". Este no es el concepto católico.

Lutero llegó a formular, y decía que la justificación es representable en un ejemplo; *somos como un montón de estiércol, y la misericordia de Dios es como la nieve que cae y tapa el montón de estiércol que está debajo*.

Esto es muy tentador pensar así, de tal manera que la justificación es que Dios tapa nuestro pecado.

El concilio de Trento, frente a esta concepción de Lutero, reaccionó y dijo que no es así: "***Ser justificado no es que Dios tape nuestros pecados; sino que Dios cambia tu estiércol y te hace un hombre nuevo***".

La justificación no es extrínseca, sino que es intrínseca: **Dios me justifica santificándome**, me hace santo; Dios me cambia por dentro.

Digo que es muy tentador ese argumento de Lutero, porque a veces nos vemos vencidos por nuestra debilidad y nuestro pecado: *que una y otra vez caemos en el pecado*.

Nos vemos débiles, nos vemos humillados, y por eso es muy tentador decir: *la salvación consiste que Dios me tape aquello que no puedo vencer*".

Pero eso es no tener confianza y no tener confianza en el poder santificación de Dios.

Es verdad que tenemos que convivir con una condición pecadora, pero **"sin hacer nunca las paces con ella": NO perder la paz con tu pecado, peor no hacer nunca "las paces con él"**.

Sabiendo que la llamada de Dios a ser santos va a triunfar, que Dios va a terminar la obra buena que ha comenzado en nosotros.

**Punto 1426:**

**La conversión a Cristo, el nuevo nacimiento por el Bautismo, el don del Espíritu Santo, el Cuerpo y la Sangre de Cristo recibidos como alimento nos han hecho "santos e inmaculados ante Él" (Ef 1,4), como la Iglesia misma, esposa de Cristo, es "santa e inmaculada ante Él" (Ef 5,27). Sin embargo, la vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama *concupiscencia*, y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios (cf DS 1515). Esta lucha es la de la *conversión* con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos (cf DS 1545; [LG 40](#)).**

Efesios 1, 4:

*4 por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor;*

Nuestra vocación es la santidad. Cuando Jesús dice: **"Sed santos como vuestro Padre es santo"**; No puede haber un ideal mayor, y Jesús no rebaja ese ideal de santidad.

Jesús le dice a la mujer pecadora: **"Nadie te ha condenado?... Nadie Señor... vete y no peques más."**

Jesús compagina la misericordia con el pecador, con no ceder ni un milímetro en ese objetivo nuestros para la vocación de la santidad.

Muchas veces confundimos una cosa con la otra; podemos confundir la misericordia con el pecador con una especie de trivialización del pecado. O por el contrario, confundiendo el ideal de santidad con el desprecio de los pecadores.

La grandeza de Jesús es que mantiene ambas cosas: misericordia y santidad: **"el amor al pecador con el rechazo absoluto al pecado. Y esto únicamente se entiende en Jesucristo.**

Y eso no quiere decir que se suprima la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, que en sí misma no es pecado, eso de que nuestra carne es débil.

Siempre estamos inclinados a la comodidad, al placer, al prestigio. Esa tendencia no es pecado.

Somos portadores de una llamada a ser santos, y eso la tenemos que compatibilizar con la fragilidad nuestra.

Y ese tesoro lo llevamos en una vasija de barro.

Se nos remita al punto 405 del catecismo:

***Aunque propio de cada uno (cf. ibíd., DS 1513), el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "concupiscencia"). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.***

Por el bautismo hemos sido rescatados y somos una criatura nueva, pero eso no quita para que su naturaleza sea débil, igual que la de los que no están bautizados.

En el bautismo se produce un **don sobrenatural**, pero no se produce **un milagro de naturaleza**.

Que la tendencia humana a la pereza, a la comodidad esa continúa.

En sí mismo no es pecado, aunque sí que es consecuencia del pecado. Dios en su providencia respeta esa tendencia, y es una llamada al combate espiritual, como dice otro punto al que también nos remite:

Punto 1264:

***No obstante, en el bautizado permanecen ciertas consecuencias temporales del pecado, como los sufrimientos, la enfermedad, la muerte o las fragilidades inherentes a la vida como las debilidades de carácter, etc., así como una inclinación al pecado que la Tradición llama concupiscencia, o metafóricamente fomes peccati: «La concupiscencia, dejada para el combate, no puede dañar a los que no la consienten y la resisten con coraje por la gracia de Jesucristo. Antes bien "el que legítimamente luchare, será coronado" (2 Tm 2,5)» (Concilio de Trento: DS 1515).***

De esa tendencia al mal, esa concupiscencia, Dios quiere servirse de ella para hacer de esta vida como un "gimnasio espiritual"; donde te estés fortaleciendo en la lucha contra el mal.

***NOP te quejes de tu debilidad, sino que en esa debilidad ejercítate en el combate contra ella.***

***Si no luchas no creces, si no luchas no maduras.***

San Agustín, explicando las tentaciones de Cristo en el desierto, saca una conclusión para nosotros: Dios permite que seamos tentados para que salgamos fortalecidos de ella.

La virtud no se desarrolla si no se rema en contra de la corriente

2 Timoteo 2, 5:

4 *Nadie que se dedica a la milicia se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que le ha alistado.*

5 *Y lo mismo el atleta; no recibe la corona si no ha competido según el reglamento.*

Pobre del atleta que se dedique a celebrar los éxitos y se olvida de entrenar.

2 Corintios 12, 7:

- 5 *De ese tal me gloriaré; pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré en mis flaquezas.*
- 6 *Si pretendiera gloriarme no haría el fatuo, diría la verdad. Pero me abstengo de ello. No sea que alguien se forme de mí una idea superior a lo que en mí ve u oye de mí.*
- 7 *Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría.*

Dios le daba una doble experiencia: una experiencia mística de ser capaz de percibir el don de Dios, y al mismo tiempo una experiencia de un "aguijón clavado en su carne", no sabemos que era es aguijón, pero es su debilidad.

Sigue San Pablo:

- 8 *Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí.*
- 9 *Pero él me dijo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza». Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo.*
- 10 *Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y **las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte.***

Esta es una auténtica lección de Dios para nosotros: *que mantengamos intacto el ideal de la santidad, y a pesar de la constatación de nuestra inclinación al pecado, e incluso de los pecados mismos; pero que todo esto no sea capaz de borrar nuestro de santidad, ni que disminuya la esperanza de que nuestro Padre Dios llevara a término la obra buena que comenzó en nosotros.*

Lo dejamos aquí